

La memoria del terrorismo en Euskadi

SARA HIDALGO GARCÍA DE ORELLÁN

Historiadora

A lo largo de la historia las víctimas han quedado olvidadas, invisibilizadas y silenciadas. Su historia no se escuchaba porque se consideraba subjetiva, lo que importaba era la objetividad

La memoria es ese cajón donde guardamos nuestras experiencias, sensaciones, emociones, percepciones, recuerdos, en definitiva, que nos conforman. La memoria se crea a nivel individual, pero, tal y como nos recuerda el sociólogo Maurice Halbwachs, la memoria colectiva configura las memorias individuales, y es por tanto un elemento fundamental en cualquier sociedad.

La memoria del pasado terrorista en Euskadi es un tema a debate recurrente en foros más o menos académicos. Cómo articular esa memoria, historiarla y enseñarla a las futuras generaciones son cuestiones importantes y no exentas de polémicas. La pregunta que en este, y otros casos, se plantea es: ¿sirve la memoria para reconstruir fenómenos de violencia en el pasado?

Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial y comenzaron a salir –muy tímidamente al principio– las primeras evidencias de los mecanismos del mal puestos en marcha durante el Holocausto, cundió la preocupación entre muchas víctimas, que pensaron que quedarían invisibilizadas. La afirmación repetida machaconamente por los guardias nazis a sus víctimas durante su cautiverio de que «el mundo no os creará» resonaba en las cabezas de muchas de ellas, como es el caso de Primo Levi, que escribió largo y tendido sobre su experiencia en los Lager para que su historia no cayera en el olvido y fuera escuchada. Los supervivientes de aquel horror dieron su testimonio porque el olvido de la víctima es como abocarla a una segunda victimización.

Aquella experiencia generó no pocos debates en el campo de las ciencias sociales, y fue algunas décadas después cuando se alcanzó un cierto consenso en torno al hecho de que la memoria de los que sufrieron el Holocausto venía a completar lo que aparecía en otros soportes documentales, que la facticidad histórica no completaba toda la realidad, y que no bastaban los hechos para entender el pasado sino que existe una parte oculta a los archivos pero visible a los historiadores, que es la memoria, la cual nos muestra sutilezas, giros y emociones que explican muchos momentos del pasado.

Para reconstruir el pasado terrorista en Euskadi, la memoria es un buen elemento de estudio. Momentos como el que se dio tras la puesta en marcha de la estrategia etarra de la socialización del sufrimiento,

que agravó aún más la feroz violencia de persecución a quienes se oponían a su proyecto, no podrían ser entendidos en su totalidad sin la memoria y el relato de las víctimas que la padecieron. Si escuchamos los testimonios de aquellas personas objetivos de ETA –y de aquel difuso entorno que la apoyaba y la jaleaba– podremos percibir la experiencia de la mirada de odio, el no saludo de vecinos en el pueblo, el aislamiento por parte de vecinos que percibían a esa víctima como una amenaza para su propio bienestar, o la amenaza dicha en voz baja en el pleno municipal. Asimismo, podremos indagar en la sensación de aislamiento que tenía la víctima en relación a su entorno, lo cual venía a agravar más si cabe el sentimiento de soledad. Accediendo a la memoria podemos también reconstruir algo tan fundamental como los mecanismos del miedo que ETA quería infundir –elemento central de cualquier grupo terrorista, que trata de imbuir terror– y los mecanismos que las víctimas encontraron para contrarrestarlos, como la solidaridad que se desplegó entre muchas personas y que ayudó a paliar la soledad de aquellas. El relato oral nos remitirá también a la rabia ante un asesinato, que muchas veces no se expresaba públicamente, pero que hizo que muchas personas tomaran decisiones como las de militar en un partido o en una

plataforma contraria a ETA.

Podríamos poner muchos más ejemplos que ilustren la necesidad de una memoria para completar y complementar la reconstrucción histórica. Por supuesto, no olvidamos que como cualquier fuente, la memoria ha de ser sometida a crítica y tamizada por la metodología de lo que se conoce como historia oral, que cuenta con una sólida trayectoria que permite poner en cuestión y perspectiva todos esos elementos problemáticos de la memoria. Que la memoria se reconstruya desde el presente, que tiene una naturaleza frágil y subjetiva y que puede «ser falaz» –como recuerda el mismo Primo Levi– es más que evidente, pero que esa memoria es un elemento que configura el relato que nos sirve para entender mejor la historia y reconstruirla, también.

A lo largo de la historia las víctimas han quedado olvidadas, invisibilizadas y silenciadas. Su historia no se escuchaba porque se consideraba subjetiva, porque lo que importaba era la objetividad, la racionalidad y la facticidad. Las ciencias sociales y los propios acontecimientos históricos han evolucionado lo suficiente como para enseñarnos que esas dicotomías no son tan estancas como se pensaba, y que no sólo sería bueno que se completasen sino, sobre todo, que es necesario.

ANTÓN

